

XXXIV.

**A**l tercer día, Regina reapareció por fin más pálida y tranquila.

Viéndome en el jardín se aproximó á mí con el dedo en la boca, para decirme con este signo no despertase nunca el nombre en su oído. Parecía profundamente impresionada y hasta conmovida por la expresión de tristeza y ansiedad con que se había cambiado mi rostro desde hacía tres días y tres noches.

—No os causéis tanta pena por mí,—me dijo apretándome la mano y mirando con



una expresión de solicitud y confianza que decía millares de cosas indecisas en su pensamiento;—su mano ha arrancado el dardo de mi corazón; ¡estoy curada! Sobre la tumba de Clotilde no era Clotilde á quien había encontrado, ¡era su fantasma! ¡Este se ha desvanecido! ¡No, no era el hermano de Clotilde; tenía sus facciones, pero no su corazón!

Después dejando caer mi mano y volviéndose con vivacidad para alejarse de mí y continuar su camino hacia el lago:

—¡Es V. quien hubiera tenido su corazón!—dijo más bajo.

Por la tarde, me rogó la llevase bien lejos á fatigarse en la montaña, para volver á recobrar á fuerza de laxitud un poco de sueño.

La obedecí. Fuimos desde las dos de la tarde hasta cerca del anochecer por las viñas,

por los barrancos y bajo los castañares que crecen abundantes al pié del Jura.

Sus tíos, que habían llegado á Ginebra, debían venir por ella el día siguiente para llevarla á Roma por el camino de Valais y Milán. Parecía querer prolongar el mayor tiempo posible la última jornada que le quedaba de pasar conmigo. Era tan joven, tan hermosa, estaba tan penetrada por los rayos dorados del sol, tan incorporada al cuadro maravilloso del cielo, los bosques, las aguas, en la cual la veía deslumbrarme y donde iba á verla desaparecer; era tan joven y tan sensible á aquella hermosura yo mismo que, si no hubiera estado defendida por dos sombras que se interponían entre nosotros (la de\*\*\* y la de Salustio), no habría podido resistir á su deslumbramiento y hubiese puesto mi corazón bajo sus piés, como las hojas caídas del árbol que hollaba andando.



Hasta parecía apercibirse de ello y buscar voluntariamente, mejor que huir, los encuentros de miradas ó palabras que hubieran podido traer una confesión ó una explosión de nuestros dos corazones.

Una penosa incertidumbre pesaba sobre nuestra conversación. La llevé hasta el patio de la casa, donde la sombra de los plátanos y de los muros aumentaba la oscuridad, sin haber esclarecido con una palabra lo que pasaba entre ella y yo. Debía partir por la noche. Se paró y volviéndose hacia mí antes de subir los primeros escalones de la gradería:

—¿Es que no volveréis jamás á Roma?— me dijo con una voz que temblaba de antemano por lo que iba á responderla.

—No—respondí;—no soy libre en mis pasos.

—¿Y en dónde estaréis este invierno?

—En París—la dije.

Entonces, tomándome por última vez la mano:

—Pues bien, ¡yo soy libre—dijo—é iré allí!

Comprendí el acento de resolución inflexible y apasionado con el cual pronunció esta especie de juramento interno para vernos otra vez.

—No—la respondí—no iréis allí nunca.

—Iré—dijo.

La noche fué triste y silenciosa en el salón de la condesa Livia, como entre amigos la víspera de una separación eterna.

En el invierno siguiente, recibí en París un billete de Regina que me manifestaba haber llegado con su abuela, que habían ido, bajo el cuidado de uno de los tíos de la joven princesa, al hotel de\*\*\*

Nos volvimos á ver en París.

FIN.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
"ALFONSO"  
1875 21161



